

de los hallazgos científicos y la evolución de la tarea investigadora en todas las ramas del saber. No es difícil prever alguna dificultad para cumplir estos objetivos. La matriz científica que estará presente en las traducciones de trabajos de investigadores norteamericanos puede limitar, por su frialdad o alejamiento, el deseable impacto en el lector español. Por otra parte, la ebullición y conflictividad de una sociedad en cambio como es la española exigirá especial tratamiento —y "cientificidad" a ultranza— de los temas expuestos. La labor que espera no es fácil, pero merece la pena.

En este primer número aparece un oportuno estudio del profesor Margalef sobre "Biología de los embalses" en tono marcadamente descriptivo; hay que felicitarse de este primer trabajo que "Investigación y Ciencia" viene a publicar de un español. Los artículos sobre las características del Universo (dimensión, evolución, densidad, etcétera), la determinación y "provocación" de nuevas partículas elementales y la transcripción y regulación de los genes cromosómicos compactan, de forma dignísima, la parte más sustancial del número. Hay, además, investigación histórica ("Surgimiento de una clase mercantil maya"), descripción de aplicaciones industriales de los "robots", una explicación, en síntesis, de la biología de los cánceres y un estudio sobre la vida y sus determinantes climáticos. Entre las secciones de tipo habitual —como juegos matemáticos, taller, libros, etc.— destaca la referente a "Ciencia y Sociedad",

con cuestiones relativas a la actualidad científica y técnica. ■ PEDRO COSTA MORATA.

Manual bético

La superabundancia bibliográfica es uno de los problemas que se presentan al autor que se propone escribir un nuevo libro sobre Andalucía. Así lo declara Eduardo Tijeras en el prólogo de uno suyo, que tiene como tema precisamente el de Andalucía: en este caso la antigua Bética. Y en "Bajo Guadalquivir" (Ediciones del Centro), Tijeras intenta utilizar buena parte de ese abundante material, meterlo en su crisol y obtener una síntesis. El resultado es un libro de casi doscientas páginas, que tiene factura de manual y que viene a serlo.

Este marco geográfico de treinta mil kilómetros cuadrados y poco más de dos millones y medio de habitantes se estudia aquí en su historia, en su economía y en su cultura. Una simple mirada al mapa nos descubre esas "intensas manchas de color verde". Pero este color, símbolo de riqueza en el atlas escolar, no responde del todo a ello. Ese amplio retazo de verdor está "bastante mal organizado socialmente". Por eso, en un año (el de 1973), Tijeras computa nada menos que 96.865 andaluces de la Bética, emigrantes en busca de mejores horizontes, si no de verdor cartográfico, si al menos de mayor estabilidad y menor injusticia laboral. Ciertamente, una situación donde la sístole puede, con mucho, a la diástole.

Porque esa Sevilla que según Braudel (citado aquí por el autor) llegó a ser "corazón del mundo" no atrae ya sangre para sí, sino que la expulsa hacia más dinámicas regiones. Ya no son aplicables los versos de "Os Lusíadas" ("E os dois extremos da terrestre sphaera dependen de Sevilla o de Lisboa...").

Si en el terreno económico los problemas están muy delimitados y claros (paro, emigración, régimen de propiedad, etc.), en el campo histórico y cultural, Tijeras ha tenido que hacer un gran esfuerzo de poda y síntesis, porque ambos campos son largos, anchos y profundos en este cartabón andaluz que es el "triángulo tartesio". El aficionado al tema de Andalucía (sobre todo el aficionado vicioso y como drogadicto) acaso eche en falta alguna cosa o encuentre otras tratadas con mano avarienta, pero ya hemos dicho que estamos ante un manual, y eso es casi inevitable. Hay, sí, un confesado afán de sincretismo, nacido tal vez de la contemplación a distancia del tema, de que el libro esté hecho más de lecturas que de paseos y sea hijo de los recuerdos y de las lecturas alquitarradas en el cultivo de la nostalgia, no extraña en el amplísimo grupo de andaluces que forman la diáspora intelectual del Sur, a la que pertenece el autor.

En nota final de su libro, Tijeras advierte que está concebido y redactado hace más de un año. Señala que eso estará en la mente del lector. Así es. Se nota, pongamos por caso, en la forma de tratar la muerte de Blas Infante. No nos extrañemos de

ello, sobre todo si consideramos que, por ejemplo, la versión española del Larousse hecha en Barcelona lo desconoce por completo en su vida y en su muerte. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

CANCION

Labordeta, en Sevilla

El Club Gorca de Sevilla ha estado a punto de ser pasado por la piedra administrativa; a raíz del mitin de la entonces ASA, celebrado en el Casino de la Exposición el 20 de enero, le fue abierto un expediente que lo hubiera llevado a su clausura, de no haber mediado la amnistía pequeña o el indulto grande, según se mire. El Gorca ya no corre peligro de desaparición legal, pero sí de consunción económica. Para salir de la quiebra, a sus directivos se les ha ocurrido una buena idea de financiación, que es al mismo tiempo un servicio cultural a Andalucía: traer a Sevilla a los más significativos autores de la nueva canción de los pueblos españoles. Todo empieza a cambiar y por ahora no ha habido insalvables dificultades para que los recitales se celebren en el municipal Teatro Lope de Vega. Juan Antonio Labordeta abrió la brecha el otro día. El mes que viene seguirán en una actuación conjunta los portugueses José Afonso y Vitorino. Luego, Carlos Cano. Después, Lluís Llach. Y el Gorca tiene en cartera a todos los que son y están en la nueva canción española, para antes de que acabe el curso: Raimon, Pi de la Serra, la Bonet, etc.

La actuación de Juan Antonio Labordeta sirvió fundamentalmente para demostrar una cosa: que la canción está haciendo por el reconocimiento de los hechos regionales mucho más que bastantes declaraciones políticas. El Gorca entendió el recital de Labordeta como un homenaje de Andalucía a Aragón, con la emigración, las bases extranjeras y la colonización nuclear como comunes telones de fondo. Los objetivos se cumplieron plenamente. Labordeta, antes de la actua-



ción, nos comentaba su preocupación de que su trabajo no fuera entendido en Andalucía. Nada más aparecer en el escenario se vio que el peligro no existía. Los andaluces entienden igual que los aragoneses el milagro de Lamberto o las coplas de Santa Orosia. En definitiva, el "Canto a la libertad" es el mismo para todos los pueblos, y es sintomático que esta canción hiciera encender en el Lope de Vega, por vez primera en Sevilla, las cerillas y los mecheros como signo de solidaridad.

Decir que trescientas personas se quedaron en la calle creo que habla bien a las claras del interés sevillano por el trabajo de Labordeta; nada más empezar a sonar sus canciones, de los altos y empingorotados palcos del Lope de Vega se descolgaron dos banderas: la verde y blanca de Andalucía y la de las barras de Aragón. Las canciones fueron aplaudidas todas y cada una al final de los estribillos. Esto es, que en Sevilla hay un "jugador número 12" de la progresía, dispuesto a desempeñar su papel ritual en esta auténtica selección nacional que el Gorca va a ir presentando en el Lope de Vega, si el tiempo y la autoridad municipal no lo impiden. De este nuevo "jugador número 12" habría mucho que hablar para hacer una sociología política de Andalucía; hasta ahora se le ha convocado sólo para aplaudir la lista de Kubala. Como vengan muchas convocatorias como la del Gorca, ya verán ustedes lo que ese "número 12 democrático" da de sí. ■ ANTONIO BURGOS.

TEATRO

No todo es Madrid

En nuestro comentario al arranque de la temporada teatral madrileña insistíamos en la necesidad de circunscribir su alcance social y geográfico a sus términos reales. Una de las trampas del centralismo consiste precisamente en crear en la periferia un ilusorio sentimiento de participación en lo que ocurre en el centro. El mecanismo

semántico es simple y se apoya en identificaciones abstractas, a través de las cuales se falsea u oculta la realidad concreta. Quizá —y hasta asomarse a muchos de los debates políticos— se trata de un gravísimo problema cultural, por cuanto el mismo lenguaje parece impotente para soslayar la reiteración de las generalizaciones falsas, la identificación entre situaciones y realidades sólo en algún punto semejantes.

Si uno llega a Valencia —como fue mi caso—, frescas en la memoria las ininterrumpidas noches de estreno con que empezó Madrid su temporada, y se encara con la cartelera de la ciudad, tiene la impresión de haber cruzado alguna frontera. Al fin y al cabo Valencia es, por su número de habitantes, la tercera ciudad de España, y por su tradición, si nos atenemos al número de actores allí nacidos y al

cativa presencia de una Compañía de Revistas en el teatro de la Diputación, el Principal, y una Compañía de Ballet en el Nacional, la Princesa. Espectáculos que aun siendo de muy distinta entidad coinciden en su conexión periférica con la ciudad.

Paralelamente, el remozado Valencia Cinema y, en términos menos regulares, el Micalet, intentan crear un público que no se asome esporádicamente a las salas con espíritu turístico. Gente joven, en buena parte universitaria, sigue la programación de ambos lugares, segura de que allí es posible encontrar el teatro que nunca aparece en los dos "grandes" locales de la ciudad, el Principal y la Princesa.

El Principal ha dado los títulos de la temporada. Mucha revista; una comedia "fina", "Pato a la naranja", y un éxito de Madrid, "Equus". En el Nacional guardan silencio, aunque



El Roy Hart Theatre ensaya su versión de "La tempestad", de Shakespeare.

número de salas que tuvo en otras épocas, uno de los lugares en los que el teatro siempre contó con un asentamiento social verdadero. De ahí la significación de su agonía teatral, cuya solución no estaría, claro, en que Valencia se convirtiera en una especie de mini-Madrid, con sus compañías B y la presencia sistemática de los títulos que tuvieron éxito en la capital. Por el contrario, más bien cabría pensar que si el teatro ha llegado en Valencia —como en otras ciudades— al punto en que se encuentra, es precisamente por haber sido tanto tiempo un simple eco de Madrid, sin que estuviera presente la impronta cultural del propio país.

De ahí el progresivo desarraigo del teatro como actividad regular y pública. De ahí la signifi-

no falte el rumor de que la Administración —como ha sucedido con el Monumental de Madrid— piensa devolverle el local a Colzada. El balance, tras el éxito de "Godspell", es negativo. Muchos millones de alquiler para demasiadas noches con el teatro cerrado o muy escasos espectadores. Sin que, por otra parte, se haya producido desde allí el menor estímulo en favor de los grupos y gentes del teatro valenciano.

En cuanto a las otras dos salas, más arraigadas en la ciudad, el Micalet se dedica ahora especialmente a recitales de música o canción los fines de semana. Mientras en el Valencia Cinema, tras realizar el grupo La Cuadra con "Los Palos" una excelente temporada, se anuncia el estreno mundial del nuevo

espectáculo del Roy Hart Theatre, más las actuaciones de Esperpento de Sevilla y de Carnestoltes, que va a intentar aproximar un texto de Molière, de modo semejante a como, con indudable talento, ya hizo con "El jardín de los cerezos", de Chejov. ■ JOSE MONLEON

Jornadas de Teatro de Vigo

Tras celebrar la Mostra de Teatro Gallego —que tuvo su Mostra paralela, como expresión de una disparidad de criterios entre los grupos organizadores y otros grupos del país— en Vigo acaban ahora de cubrir sus ya Quintas Jornadas, con la participación de Caterva, de Gijón; Cizalla, de Madrid; A-71, de Barcelona; Teatro de la Ribera, de Zaragoza; Teatro del Mar, de Valencia; La Picota, de Madrid, y Os Bonacreiros, de Lisboa. Y con la proyección de un documental sobre "Los Palos", de La Cuadra, seguida de un debate sobre el teatro andaluz.

El marco habitual de las Jornadas fue el Auditorium de la Caja de Ahorros, que estuvo absolutamente lleno —pasillos incluidos— en todas las sesiones. Sin embargo, con muy buen criterio, los organizadores procuraron que los grupos actuaran en otras ciudades gallegas y en otros medios sociales.

Personalmente, además de participar en el cordialísimo y largo debate que siguió a la proyección del documental sobre "Los Palos", tuve oportunidad de asistir a varias representaciones. De todas ellas, quizá fuera la de "Bestias del mar", del norteamericano Edward Albee, por el grupo A-71, de Barcelona, la más insólita y, en algunos aspectos, la más estimulante. Imaginen una pequeña sala, con un escenario pequeño, en un edificio nuevo dotado de varios "servicios" culturales. Imagínenlo en un pueblo —era exactamente en Puenteareas— situado a unos cuantos kilómetros de Vigo. E imaginen también la sala llena de un público en su mayoría joven, que se ha metido allí, sin pagar una peseta, a ver teatro. Y que el director, antes de empezar, se dirige al público y le dice que se trata de un grupo catalán, que se expresa en el idioma de su país y que confía en que, aun cuando los espectadores no entiendan el significado de las